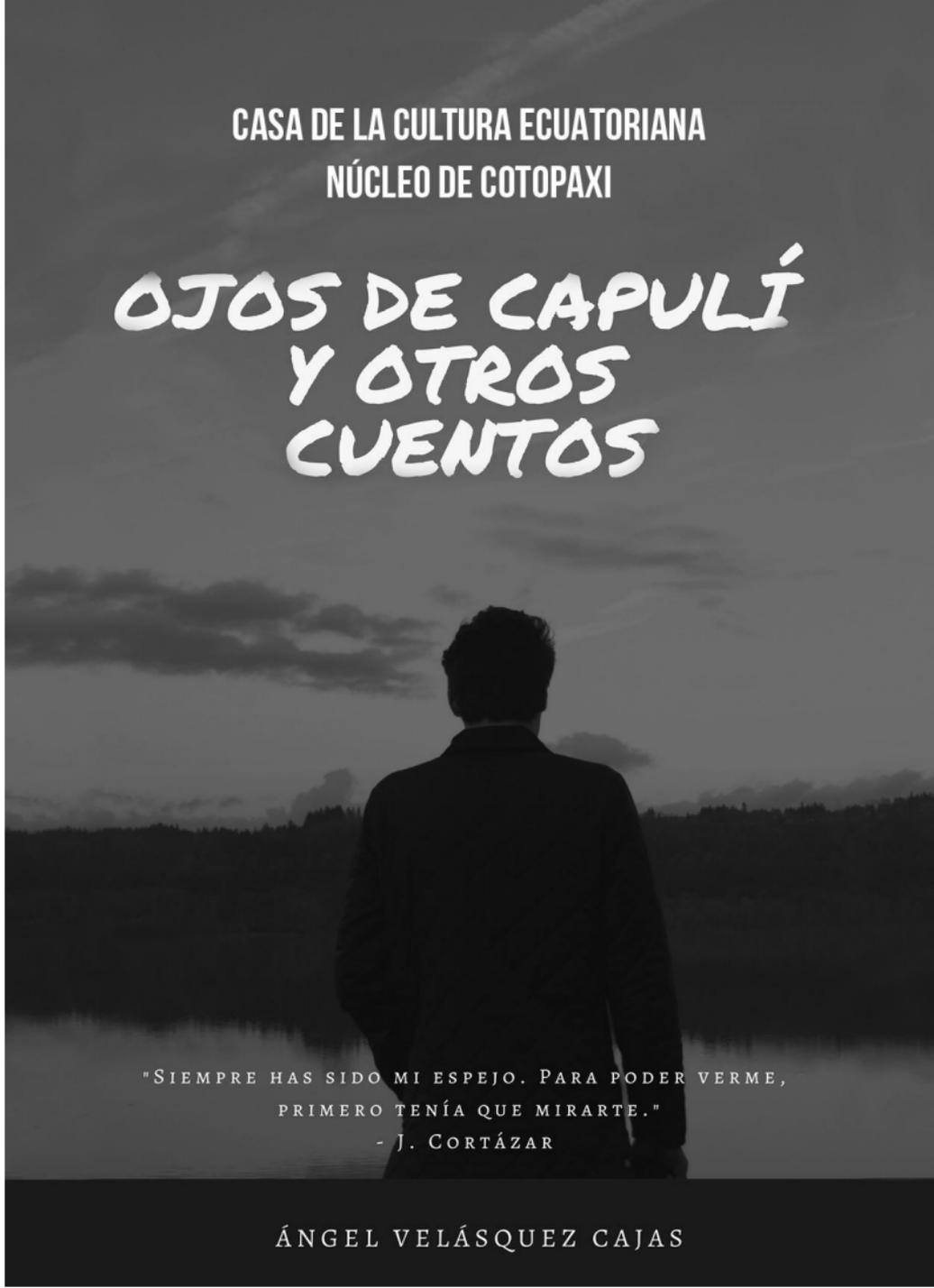


CASA DE LA CULTURA ECUATORIANA
NÚCLEO DE COTOPAXI

OJOS DE CAPULÍ Y OTROS CUENTOS

A black and white photograph of a person's silhouette from behind, standing on a shore and looking across a calm body of water towards a forested horizon under a cloudy sky at dusk or dawn.

"SIEMPRE HAS SIDO MI ESPEJO. PARA PODER VERME,
PRIMERO TENÍA QUE MIRARTE."

- J. CORTÁZAR

ÁNGEL VELÁSQUEZ CAJAS

Ángel Velásquez Cajas

Docente investigador Instituto Superior Tecnológico Vicente León.

Ojos de capulí y otros cuentos.

ISBN: 978-9942-36-640-5

Editorial:

Casa de la Cultura Ecuatoriana, núcleo de Cotopaxi.

Material didáctico para asignaturas de Comunicación Oral y Escrita.

Latacunga, Ecuador 2019.

ISBN: 978-9942-36-640-5



I

EL AHOGADO

- Murió ahogado por las palabras que no pudo decir, por los sentimientos que no pudo demostrar, por las acciones que no pudo cumplir. Se fue con ese dolor a la tumba-

Miraba, a lo lejos, el movimiento enfurecido de las ramas de los árboles. Le gustaba pasear por esa calle, casi siempre desierta los domingos por la tarde. Yo no podía comprender la tranquilidad (más bien frialdad) con la que hablaba de Julián.

Intentaba buscar con mi mirada algún rasgo de tristeza en ella, sin embargo, sus profundos ojos cafés denotaban una resignación añeja, como si la muerte de su esposo hubiese sido hace varios años atrás.

- ¿No te duele que ya no esté aquí?- pregunté exabruptamente. Regresó a verme; su seriedad me provocó escalofríos hasta que un gesto de fastidio

fue la respuesta a mi pregunta. - Me dolía incluso vivo. Nuestra convivencia era un sufrimiento constante durante los últimos meses.

Él cambió. Se frustró intentando cumplir todas las promesas realizadas cuando nos casamos; en esa lucha perdió la brújula, la inspiración, todo. Buscó una salida que nadie la esperaba pero atacaba latente-.

Seguimos caminando hasta llegar al puente. El viento arreciaba más fuerte y trajo consigo una incómoda llovizna. En el lugar, aún quedaban huellas de los peritajes e investigaciones de la policía. A pesar del fluir del agua, en ciertas piedras permanecían manchas de sangre. Tontamente, volví a buscar sus palabras:

- Fue mejor que haya muerto en la caída y no ahogado. Dicen que es más desesperante-.

-Ya te dije que Julián estuvo ahogado desde hace mucho tiempo antes que viniera acá. No soportó el peso inmenso de sus responsabilidades y obligaciones, no se dejó consolar ni por mí ni por Amelia... se consumió solo-.

En el camino de vuelta, Laura se mostró más amable.

Envuelta en su abrigo negro me preguntó acerca del trabajo, de mis hijas y mi esposa. Desde que nos mudamos a la capital habíamos perdido bastante contacto, mermando la gran amistad que nos unió desde adolescentes. Un incómodo pensamiento vino a mi mente: yo tal vez tenga responsabilidad en la muerte de Juls, lo dejé caer sin darme cuenta que necesitaba de mi apoyo; estuve tan ocupado superando mi ahogamiento que no visualicé quienes estaban luchando igual que yo.

Al momento de partir sólo le di un fuerte abrazo a Laura. No encontraba palabras para despedirme. Ella agradeció mi compañía con una sonrisa y prometió irnos a visitar en las próximas semanas junto con Amelia.

Cuando llegue a casa, le contaré a mi esposa los detalles de mi viaje a nuestro pueblo natal, le diré que nada ha cambiado y que próximamente tendremos visitas. Comentaré someramente sobre el suicidio de Julián y la posible culpa que tengo en ello. Ella me dirá que cada quien escoge su camino y que me tranquilice, porque no quiere que yo también me ahogue.

II

❖ EL ÁNGEL DE LA MUERTE ❖

Despreciado, maldito, temido. Nadie desea su compañía. No entiende la actitud de los demás cuando él aparece, intentando fisgonear nada más.

El castigo de su toque mortal fue concedido por Dios, cuando se intentó revelar en su contra al inicio de todos los tiempos.

Condenado a la eterna soledad, deambula en la oscuridad avergonzado, arrepentido, triste.

Lo que más extraña son sus alas. Se marchitaron, perdieron su color y se convirtieron en ceniza que el viento no tardó en esparcir.

Las centurias le han otorgado paciencia y letargo. Le fastidia cuando los individuos se adelantan a su encuentro, antes de haber cumplido su estancia y misión en la Tierra, porque tiene que apresurar el paso.

Para aliviar su dolor muchas veces anhela morir, tal como los mortales que visita frecuentemente.

Sin embargo, no encuentra el método pues, ¿quién podría ser la muerte de la muerte? ¿Acaso el mismo Dios que lo condenó? Cavila durante largos periodos de tiempo para luego desistir de sus deseos por considerarlos irrealizables.

Y así permanecerá entre las sombras, perpetuo, tétrico, resignado.

III

NOSTALGIAS

Saboreó su piel nuevamente al probar la primera copa de vino. De pronto, los tres años que no se habían visto desaparecieron desapercibidamente en el silencio de la noche.

Se conocían demasiado para intentar hablar demás, se limitaban a las palabras justas, con una inusual

vergüenza. ¿Para qué lo citó? ¿Por qué lo buscaba después de tanto tiempo? Si las cosas terminaron feo y mal.

- Extrañaba beber este vino, en compañía de alguien.
- Entonces has estado sola últimamente.

Volteó la cara hacia la ventana con la copa en la mano. La sentencia le provocó enojo. Afuera ligeramente llovía, humedeciendo todo a su paso. Tomó un trago para calmarse y volverlo a mirar.

- No del todo. Tengo pretendientes ¿sabes?

Él no se inmutó ni un poco. Tal vez el tiempo borró esa necesidad de celarla y sentirla suya.

Desde que ella se marchó acusándolo de inmaduro y mujeriego, había entendido que una pareja era necesaria pero nunca indispensable.

- Deberías estar con alguno de ellos en este momento. En realidad no entiendo tu invitación...

- Ni la entenderás. Incluso ni yo la entiendo, tal vez, es

por el vino. Miró la copa detenidamente buscando en sus recuerdos. En efecto, se repetía la escena de hace tiempo atrás: el cabernet de siempre, un viernes por la noche, en el bar donde disfrutaban su amor.

No lo había notado o lo quiso olvidar. De todas maneras, el motivo del reencuentro seguía siendo una incógnita. Disimuló su interés al preguntar desvaídamente:

- ¿El vino?

- Sí. Me recuerda muchos momentos felices en mi vida y, así no lo quiera, tú estás en ellos también. Deseaba este dejavú aunque sea por un momento, a pesar de nuestro presente.

Era cierto. Algo de felicidad se podía rescatar de su pasado: viajes, comidas, fiestas, sexo. Sin embargo, un abismo de miedo permanecía latente entre los dos. El temor del fracaso los acechaba como un animal salvaje dispuesto a meterse en sus vidas nuevamente.

Ahí estaban frente a frente y ninguno de los dos sabe qué hacer. Solo atinan a levantar su copa, dejando el tiempo pasar, esperando a que el vino haga su trabajo.

IV

EL TRAIADOR

Llueve. Veo caer lágrimas de sus ojos cafés; casi no las puedo distinguir entre las gotas de lluvia que se deslizan sobre sus mejillas.

La expresión de su rostro aparenta impotencia y severidad al mismo tiempo. Quiero abrazarla a manera de despedida, sentir su piel por última vez; sin embargo, me lo impide una fuerza inexplicable mientras ella mira mis ojos, buscando explicaciones.

No quiero, no puedo, no debo; a pesar de todo, el dolor es compartido y alargar esta agonía sería en vano; siento que tengo su corazón en la mano.

No espera más mis respuestas, sabe que es inútil, se coloca la capucha y empieza a caminar alejándose de mí. ¿Qué puedo hacer? Esta vez yo fui el traidor.

La imagino cruzando el parque central, donde nos conocimos una noche de fiesta en carnaval.

Agua, espuma, gente, música y trago: actores secundarios de nuestro encuentro. Entre cientos de rostros, el suyo se aclaró para mí.

La invité a bailar y con una tímida sonrisa, sin dejar de ver a su padre, dijo que sí.

Desde ese momento horas, semanas, meses de absoluta felicidad pasaron sin casi darnos cuenta.

Nos juramos amor eterno miles de veces. La burbuja del amor parecía irrompible.

Ahora, seguramente ya habrá llegado a su casa, decidida a borrar nuestros recuerdos, decidida a olvidarme. Concuero que es totalmente necesario.

¿Qué puede esperar de un ser inerte como yo? Mi cuerpo es un envoltorio frío y sin alma. Es mejor que inicie de nuevo, es joven, puede hacerlo.

Vendrán otros a hacerla reír y caminarán juntos por las frías calles del pueblo que nos vio nacer.

Estará en su cuarto, enojada conmigo por romper nuestras promesas, ya sin lágrimas, eliminando fotos, echando a la basura recuerdos.

Tendrá que cambiarlo todo o cambiarse de habitación, pues ese cuarto era nuestro escondite, nuestro paraíso.

Espero que el destino ponga en su camino un tipo decente, no uno de los pendejos que siempre andaban merodeando nuestra relación; alguien que crezca junto a ella y cumpla los juramentos que no pudo conmigo.

Tal vez la traición no fue mi culpa del todo. Nadie lo esperaba en realidad; abandonarla no era, de ninguna manera, una opción de vida para mí. Ojalá pueda sentirme, aunque en la inconsciencia de sus sueños tristes.

Es por eso que dicen que a veces pierdes lo que más amas o simplemente se va. La muerte apareció de la nada y se llevó todo, menos mi alma, sino no les hubiera contado esta historia.

V

••••• DESTRAMPE •••••

Y más fueron las ganas de bailar con ella toda la noche, a pesar de las miradas, de la lluvia, de la hora. Mis pupilas se llenan con su sonrisa y mis manos posadas en su cintura era la gloria negada hace cientos de noches.

Esto no fue fácil. Tuve que planearlo durante meses llenos de conjeturas y posibles acciones a mi favor. Sin embargo, ella nunca estaba sola, habitualmente, andaba de la mano de alguien, sea pretendiente, enamorado o novio; bonita y de buena familia, ¿qué más se quiere? Yo, siempre pendiente, apenas veía en las redes sociales su cambio de situación sentimental de “en una relación” a “soltera”, iniciaba alguno de mis planes maquinados durante mucho tiempo.

Pero ella me dejaba en visto o me contestaba con un “ola” tan frío y horrográfico que me dolía. Aun así, seguía intentando hacerle la conversa para hacerla reír y nada. Poco tiempo después, miraba en su perfil

una nueva relación con un nuevo individuo. Momento en que moría lentamente, en cómodas cuotas.

Pasaba el tiempo, se acercaba el baile del pueblo y la niña amarrada con alguien. No mismo. Cuando estaba a punto de darme por vencido, en el día mismo de la fiesta, sucedió lo inesperado, apliqué una estrategia que nunca se me hubiese ocurrido en la vida: emborrachar a su actual novio para yo ocupar su lugar. En pueblo chico nos conocemos todos y no me resultó difícil esta acción en día de efervescencia popular.

Actué. Obtenida la información de mi ebria competencia sobre el punto de encuentro con su pareja, lo mandé a su casa en taxi. Ahora todo estaba a mi favor. Fui a casa a bañarme, cambiarme y arreglarme lo que más pude (no se puede hacer milagros tampoco). Llegué con diez minutos de anterioridad, lleno de nervios nivel Dios. Cuando la vi, no sabía cual de las mil maneras que tanto imaginé para hablar con ella utilizar, solo atiné a decir:

-Hola, ¿cómo vas?-

-Hola, ¿qué tal? ¿No le has visto al Mauri?-

-Por eso mismo vengo. Sabes que está un poquito tomado y tuve que llevarle a la casa. Pero me dijo que venga a verte para avisarte-

-Sí, gracias. No me contesta el celular, ya estaba preocupada-

Y un silencio incómodo reinó en ese momento. Cuando miré sus intenciones de marcharse tuve que utilizar la vieja y confiable frase:

-Estás muy guapa. Ya sé que soy bien feo, (risas) pero talvez no quieres ir al baile conmigo?-

Luego de tres horas estamos aquí. Posiblemente al final de la noche la bese y punto. Quizá se me pase el gusto; así, no volverla a ver ni buscarla nunca más. Ya teniéndola frente mío, esta guagua ya no me inspira confianza.

¿Qué pensaron, una historia de amor? Por favor, no todo en la vida es así.

VI

❖ MÍNIMO ❖

Y yo la amaba. Cada noche acariciaba su espalda a manos llenas, le cantaba desafinadamente al oído todo mi repertorio de músico frustrado.

No podía perderla, me era tan necesaria como el aire.

Con el tiempo, ella fue entendiendo lo fugaz que puede ser el amor. Ya no me trataba con cariño, sus palabras eran frías y sus besos de papel.

Aquellos días comprendí que había encontrado alguien mejor; sin mis defectos.

Comprendí que el amor duele y se transforma en odio; comprendí que debía matarla y que la cárcel es un buen hogar para dejar de ser.

VII

OJOS DE CAPULÍ

Tenía la firme convicción de no hijos. Nunca tuvo paciencia con los niños y pensaba que sus aspiraciones profesionales estaban por encima de cambiar pañales y escuchar lloriqueos.

Tal vez no era del todo feliz, sin embargo, tampoco quería complicarse la vida.

Era neosoltero, generación Y, millennial. Gritaba a los cuatro vientos su filosofía de vida, hasta que se enamoró profundamente, sin resguardos, sin defensas, hasta el último aliento. Entregó el corazón y fue correspondido. Vivió la poesía de Neruda intensamente:

*Para mi corazón basta tu pecho,
para tu libertad bastan mis alas.
Desde mi boca llegará hasta el cielo
lo que estaba dormido sobre tu alma.*

Meses después, casi sin darse cuenta, nació una niña, de la nada, que se transformó en su todo. Sus ojos le recordaban todo el tiempo el amor por su tierra, su infancia de chakras, choclos y capulíes en las propiedades de sus abuelos, allá en las lomas.

Su forma redonda y color bruno lo tenían enamorado y cantando: si yo miro al fondo de tus ojos negros, se me borra el mundo y todo su infierno.

Desde ese entonces la llamó ojos de capulí, porque sentía que nombrándola de esa forma era más suya. Su sangre y el infinito amor se traslucían en ella, su primogénita, su victoria.

Finalmente, entendió la letra de una canción que su madre adoraba: a quien se quiere más sino a los hijos, son la prolongación de la existencia.

Y así, se complicó feliz la vida.

A Aitana Victoria Velásquez Benavides.

VIII

PENSAMIENTOS

Jonás se acostó pensando en la porquería que era su vida. La rutina lo estaba matando. Apagar la alarma, despertarse temprano, bañarse, tomar un vaso de leche, salir a la parada de bus, llegar al trabajo, permanecer ocho horas atendiendo personas desconocidas, salir del trabajo, tomar un café, llegar a la casa, ver televisión, quedarse dormido y nuevamente despertar con el ruido impertinente de la alarma, cortando la mejor parte de un sueño húmedo.

Hora tras hora, día tras día, semana tras semana, mes tras mes. Años pasaron volando cerca de sus arrugas y redondeando la voluptuosidad de su estómago. ¿Acaso a nadie le importaba algo de él, de su vida? Él estaría gustoso de contársela a cualquier persona del bus o de la cafetería; cualquier impertinente que haya tenido una buena jornada y que quiera plantear la mínima conversación, realizar su buena acción del día.

No recordaba dónde la había escuchado, pero en

medio de los iracundos gritos de un cliente, se le vino a la mente una frase: “uno no vive por uno mismo, sino por las personas que lo quieren”.

Esbozó una pequeña y fugaz sonrisa cuando recordó que esa frase era una actualización de estado de un buen amigo suyo en la red social que participaba activamente, tonto consuelo de su pasiva vida. Volvió a la realidad cuando el usuario se levantó precipitadamente agradeciendo con una mueca de hipócrita amabilidad. A la hora del almuerzo pensó nuevamente en aquellas palabras latentes en su memoria.

¿Qué otras personas podrían existir?, si la soledad era algo natural, casi innato en él. No le molestaba, tampoco la ignoraba; sin embargo, a sus treinta y siete años, el amor era inalcanzable y la compañía la definía como encuentros sexuales de una noche de placer.

Durante varios días intentó descifrar el significado de aquella frase, que no encajaba ni representaba nada en su vida, y sin embargo, no lo dejaba en paz. Infinitos procesos de análisis y síntesis fluían en sus noches de insomnio. Cuando le preguntaba al creador vía chat, el porqué de esa oración, sólo conseguía una irónica

respuesta:

-¡jajaja que trauma!, se me salió y punto, ¡ya superálo!”.

¿Superarlo? Sí sí sí, ¡qué fácil!, como si fuese sencillo pedir a una espinosa duda que se esfume de tus pensamientos. Sabía que su destino era vivir y morir solo, incluso desde que nació y creció como único hijo de madre soltera.

Pero, ¿qué otra persona lo querría? Aparte de su madre, muerta hace pocos años atrás, no conoció nunca otro amor.

Luego de mucho tiempo, una tarde de caminata de domingo, decidió cerrar sus inútiles intenciones de descubrir el significado de aquella sentencia publicada por su amigo. Poco después, renunció a su trabajo, adoptó una mascota y salió a viajar por el mundo. Fue feliz.

Luego de un año, Jonás publicó: “uno vive para uno mismo”. Su amigo le dio un me divierte, sabiendo que lo aludía. Cada uno vivió a su manera, firmes a su pensamiento. Fin.

IX

❖ TAMIA ❖

Fueron largos días de ausencia de sol. La lluvia no había cesado en casi un mes. Era un castigo de Pachacamac por ser cobardes, por no defender la tierra, por abandonar a Atabalipa y no acompañar a Rumiñahui. Taita Inti sentía vergüenza, por eso se escondía también.

Pachamama nos reclama con el rugir de sus volcanes y con destructivos huaycos desde los Apus; nos grita que peleemos, que no desfallezcamos, que resistamos. Nosotros seguimos enmudecidos, adoloridos, shunshos. Las ensordecedoras balas de los blancos nos asustan, nos queman, nos matan. Escondidos y temerosos como cuyes, atravesamos chaquiñanes para que sus armas no nos alcancen. Sólo mama Killa nos acompaña en el lamento de las noches.

Así viviremos y esperaremos quinientos años, para que nuestro señor Wiracocha nos libere de la opresión, para volver a lo que siempre fuimos y nunca quisimos cambiar.

X

LA TORMENTA

Un relámpago perturbó el silencio y la oscuridad de la habitación. Sentado en el antiguo sillón, herencia de su padre y su abuelo, empezó a desahogar la frustración. Innumerables hojas iban y venían en su intento de escribir el mejor cuento del mundo; iracundo, pensaba en la injusta vida que le tocó vivir y estaba resuelto a solucionarla de una vez por todas.

Las velas resistían la fuerza del viento y salpiques de la pertinaz lluvia que no habían parado en horas. Criticado por todos y odiados por muchos más. Todos lo señalaban repudiando el paupérrimo talento que heredó de sus antepasados, personajes exitosos que pusieron en alto el nombre del pueblo gracias a sus inmortales obras literarias. Y él, no lograba plasmar un solo escrito que lo saque de la agobiante mirada colectiva pueblerina.

Sumido en una honda pobreza, la casa era lo único que le quedaba. Con más de un siglo de existencia, parecía ser un lugar excelente para la invención de

historias, sobretodo de miedo, terror o suspenso; sin embargo, sus tramas no convencían, sus personajes no provocaban empatía y sus diálogos eran forzados; eso decían los lectores, ¿quién era él para contradecirlos? Si su padre siempre vitoreaba que “la voz del pueblo era la voz de Dios”.

Un segundo rayo cayó cerca, muy cerca, mientras él renegaba sobre la continuación de la tradición. Sus aspiraciones por ser médico se vieron truncadas por ese rígido destino que a todos ata; su madre lo apoyaba, pero su padre y abuelo dijeron que no, que la herencia literaria debía continuar.

Un fastidioso griterío lo volvió súbitamente al silencio de la noche, -¡qué molestos son siempre!- refunfuñó y prosiguió decidido a terminar su tarea.

El olor a humo que traspasaba el entablado reveló el desenlace que tanto había esperado para su cuento: un incendio. ¿Por qué no lo había pensado antes? -Es ideal para un final cerrado- murmuró victoriosamente.

Se sumergió en la escritura sin importarle los rayos, el viento, la lluvia, o los gritos de la gente, acompañado de ese hiriente aire que sentía en su nariz y garganta que paradójicamente lo inspiraba. Durante varios minutos no cesó el movimiento de la pluma hacia el tintero y la hoja.

De pronto, empezó a sentirse sofocado por el calor; aun así no le importó y por fin terminó: tenía entre sus manos el mejor de sus escritos, el cuento con el que le callaría la boca a todos para que de una vez lo dejen en paz, y así, quizá irse lejos a estudiar su tan anhelada medicina e iniciar una nueva vida.

Regresó a la realidad, como quien despierta luego de un largo sueño. Miró a su alrededor sorprendido, aterrado y luego impotente. Una tormenta de fuego y humo invadía la habitación. Después de haber devorado la construcción entera, su cuarto era el último obstáculo para que la casa se derrumbe en cenizas. Con la mejor de sus historias en sus manos, finalmente comprendió que muchas cosas no se pueden cambiar y que el destino es absolutamente inmutable.

XI

EL CARPINTERO

Amaba su sabiduría. Durante cada conversación, esperaba ansioso sus respuestas, siempre correctas, siempre llenas de experiencia, esa que dan los años.

Me enseñó que la justicia, la responsabilidad y la solidaridad estaban sobre todas las cosas; que el dinero es un instrumento, no el fin; que el trabajo constante produce sus recompensas; que cada acto tiene su consecuencia y que hay que asumirla sin importar lo que cueste.

Apoyó mis locuras y mis sueños. Nunca dudó ni un minuto de mi capacidad. Las palabras de aliento en su boca sonaban al mejor alivio para los fracasos.

Había tardes en las que me perdía en su voz, imaginando sus historias de antaño; cuando me hablaba de sus estudios con los hermanos cristianos y cuando aprendió el oficio que lo acompañó toda la vida. Con la mirada fija y cariñosa, me conversaba

cómo tomó el tren desde Quito hacia el sur y vino lejos a buscar la vida. Recordaba el día que conoció el amor en mamita Cleotilde y aquellos pequeños detalles anecdóticos del diario vivir, que transforman la rutina en una hermosa realidad.

Martillo, serrucho y clavos, sus herramientas de toda la vida. Todas las casas antiguas del pueblo tienen algo de él (tumbados, puertas, entablados); en ellas se queda su espíritu, su dedicación y la pasión por su trabajo. Recuerdo que de pequeño lo visitaba en los bosques: su enorme figura me deslumbraba y la fuerza descomunal que utilizaba para tumbar grandes árboles. Y es que el maestro nunca se tumbó ante la vida. Siempre permaneció de pie, igual que un árbol, de la madera más fuerte con las que a él le gustaba trabajar.

“El ciclo de la vida sigue su rumbo”, me lo decía con la tranquilidad que siempre lo caracterizó. Y así dejó su huella dentro de mí, para que yo la imprima en los demás.

A Alfonso Velásquez Castellanos.

XII

UN PASILLO

Como adorar a un Cristo, la adoré con loca pasión. Sumido en la profunda noche de sus ojos, descubriendo secretos que ni usted misma sabía que tenía guardados en su fino cuerpo de guitarra. Todo yo provenía de usted, armonía de mis sentidos, melodía de mis canciones, matiz de mis palabras.

Usted también se entregó completamente a mí, en la casita de tejado arrendada en San Blas, cuando las últimas notas de la noche se desvanecían junto con el repicar del campanario de la iglesia; pero ahora se va, dejándome estrofas incompletas y coros que ya nunca más cantaremos juntos. Por eso, este momento quiero componerle mi última canción, su última canción; nuestra última canción.

Para comenzar necesito una historia. Todo lo bueno en la vida tiene una historia que contar. Para mí todas las historias se convierten en canción. Todo parte de la música y sin la música no existiríamos.

Existen canciones de muy buena calidad, como popularmente se dice “poemas hechos canción”; otros, en cambio, solo sirven como canción, porque son puro ritmo y muy poco contenido.

Suele suceder que la gente toma este último tipo de canciones cuando están de moda y luego las desecha a la basura; así de simple y vacío es el mundo musical muchas veces; sin embargo, cuando logran fundirse perfectamente varios elementos como letra, ritmo y melodía, surgen obras que perduran para siempre.

Con respecto al baile, no mantengo ninguna opinión grave ni aguda; es una parte inherente e inevitable de la música. Pero el baile perdió todo el sentido para mí con su partida.

Luego de esta inservible explicación, (porque muy pocas personas toman a la música como algo importante), volvamos a la composición de nuestra última canción. Los recuerdos son los mejores aliados de los poetas y músicos.

Tengo en mi memoria tu recuerdo, que me duele como un puñal en la mente...

esta frase podría dar inicio a la primera estrofa. Aunque no dice mucho en sí, es un buen prospecto de acorde de la menor. Después iría un re menor para terminar el verso y otros acordes que compondrán un valsecito o un pasillo.

Te vas, dejando una revancha a cuestras y lágrimas a medio caer del rostro... es otro verso que me gusta mucho, pero tendría que comenzar por mi menor, para que el tono de toda la canción sea un reclamo de la partida.

De todos modos, a nadie le importará lo que escriba o deje de escribir, porque ya pasó de moda. La vida artística es así, todos te aclaman un día y luego te desechan cuando encuentran otro que los entretenga, mientras no llegues a ser trascendente (este tema de la trascendencia lo explique tal vez en otra vida).

Perdóneme si alguna vez la cambié por la música, pero sabe, en verdad usted y la música eran un complemento para mi vida.

La conocí mediante la música y la enamoré cantando.

Para componer y cantar mis canciones necesitaba de una inspiración: usted siempre estaba allí, con su sonrisa infinita y su bondad, ayudándome a vivir con mis notas y acordes que fueron afianzando nuestra relación.

Cada presentación que tenía se la dedicaba aunque usted casi nunca estaba presente, porque mi incontrolable vicio por el alcohol me convertía en un ser brutal y grotesco que perdía todos las afinaciones y tonos de buen comportamiento luego de cada concierto.

Aun así, se casó conmigo, aguantó mis borracheras, me regaló tres hijos y perdonó mis infidelidades. Los hijos se fueron, nunca más regresaron; las infidelidades se desvanecieron en el recuerdo de los dos, como si nunca hubieran sucedido.

Era tanto el amor verdadero que nos teníamos. En verdad, yo a usted no la merecía: llenaba mi infernal vida de coros celestiales que opacaban a los demonios que uno siempre lleva dentro.

Déjeme llorarle y cantarle una vez más, ya que llorarle es mi némesis y cantarle es mi catarsis. ¿Qué más quiere que haga a estas alturas? cuando definitivamente se ha separado de mí y mi voz es un solo de tragedia y amargura.

Creo que por eso, mi última canción será un pasillo. Su extrema tristeza y pena infinita me ayudarán a despedirme de usted y del Quito que alguna vez me oyó triunfar en sus viejas radios locales y rocolas.

Ahora busco un lugar para morir, así como los elefantes buscan al final de sus días sus cementerios; así como la melodía muere con el acorde final de una canción.

Vivir sin usted me es imposible. Morir con usted si me importa. Mi guambrita linda, ya es un año que estoy rogando a Dios que me lleve junto a vos, porque los cincuenta años que vivimos juntos no fueron suficientes para seguirle amando.

¿Qué sentido tiene continuar la vida cuando ya no está el motivo por el que se vive?

XIII

❖ PASAJERO NATAL ❖

Se escuchan las campanadas de la iglesia mientras el corre desquiciado en dirección opuesta.

Su cabeza es un revoltijo de recuerdos, su corazón un tumulto de emociones.

Lo único que tiene claro es alejarse de ese lugar que le ha hecho tanto daño. Montañas, dolor, cansancio, lágrimas.

Siente desfallecer junto con la tarde que va muriendo. Ahora, las preguntas le estrangulan el pensamiento: ¿por qué? ¿Cómo? ¿Quién? Si hace un día atrás todo era felicidad cuando él vía telefónica le anunció su llegada al pueblo y ella con voz tenue, un poco apagada tal vez, dijo que lo esperaba con gusto.

Lo que más anhelaba era verla, sentirla, abrazarla, luego de dos largos años de ausencia en el extranjero por cumplir sus metas académicas.

No podía asimilar su manera de recibirlo: rompiendo su relación, anunciando su embarazo y en medio de una boda fantasma que buscaba reponer el orgullo perdido.

En la oscura soledad de la chacra, con el frío penetrando sus huesos, apoyado en un árbol de capulí, buscaba explicación a este desaire.

Horas después desapareció del pueblo al que tanto anhelaba regresar, al que tuvo que olvidar y al que nunca más regresó.

XIV

❖ AUTISMIA ❖

Las luces que brotaban del alumbrado público encandilaban sus pensamientos. Caminaba a la deriva sin un destino al cual acudir, porque su único destino estaba en ella: en sus ojos azabaches, risueños para agradecer, coquetos para pedir;

*en su boca carmín: segura al hablar, tímida al besar;
en su larga cabellera: lacia en invierno, rizada
en verano; en toda ella: romántica durante el día,
apasionada en la intimidad de la noche.*

*Sin embargo, en ese preciso instante del devenir
de las cosas, por más que pensaba, pensaba y lo
repensaba, él no podía procesar en su cerebro todos
los sucesos que le acababan de ocurrir hace pocas
horas: “me siento extrañamente diferente, yo... me
llamo Ezequiel Vidal, tengo seis años y vengo a esta
escuela para estudiar y hacer muchos amigos....
yo.... soy Ezequiel Vidal, tengo once años y vengo
de la escuela... yo... Bachiller de la República
del Ecuador, de la decimonovena promoción del
colegio... yo... graduado de la Facultad de Ingeniería
de la Universidad... yo, yo no sé nada”.*

*Ahora, sufría tanto con la noticia que le comunicaron
vía telefónica desde la policía. Caminaba. Gastaba
suela en las aceras de una calle que no parecía tener
fin. Mejor así, no tendría que soportar los pésames
de la gente hipócritamente comedida que asistía a la
funeraria.*

Hace pocas lunas atrás, todo marchaba bien. Eran felices, razón suficiente para vivir con intensidad cada día que pasaban juntos. Maldito el momento de aquella llamada telefónica: “Aló... sí, con el mismo... ¿algún problema?... ¿qué? no, no, está seguro que es mi esposa?... oye ¡que hermosa! ojalá tenga que recibir alguna clase con ella... eeeh Amelia, desde hace tiempo quería decirte que me gustas mucho, ya no aguanto un minuto más sin ti y me preguntaba si quisieras mi novia... yo me entrego a ti, Amelia Lara, para amarte y respetarte, en la riqueza y en la pobreza, en la alegría y en la tristeza, en la salud y la enfermedad hasta que la muerte nos separe... hoy, me he quedado solo nuevamente, como cuando todavía no la conocía, no la adoraba, no la amaba”.

Poco a poco, comenzó a perder la noción del tiempo y del espacio. Oía sin escuchar, veía sin observar y su único objetivo era caminar por aquella calle infinita. Todo aquel constante ajeteo de la ciudad fue remplazado por una especie de portal al que sin percatarse había ingresado: “¿Qué sucede? ¿dónde están todos? ¿dónde estoy?... ¡Amelia! ¿eres tú? ¿adónde vas? ¡no! no te vayas! ¡por favor no me dejes!”. Dejó de caminar, o al menos eso deseó hacer mientras observaba absorto, cómo ante sus ojos la asfaltada avenida se convertía en

un sendero llano, exento de forma y contenido; los autos y las casas se transformaban en figuras geométricas cóncavas y convexas indefinidas; las personas se difuminaban en el espacio incoloro del nuevo espacio. “Llamo. Grito. Nadie contesta. Tal vez estoy muerto, pero... los demás muertos?... mi Amelia debe estar por aquí... pero... y si no estoy muerto”. Definitivamente, su nuevo mundo no era de vivos ni de muertos. Era su mundo, el lugar anhelado inconscientemente en sus confusos pensamientos, creación perfecta de espacio atemporalizado y de tiempo inespaciado; fantasía de su mente, embuste de sus sentidos.

Todos los elementos convergían en una ciudad particular de la cual solamente él, es dueño y señor. Lugar que no se merece el título de ciudad, pero sin embargo lo es, porque Vidal así lo dispuso. Él, vivirá en una realidad muy diferente a la nuestra, a la que nos ha tocado vivir, a la que él también perteneció en algún momento y que abandonó. En búsqueda de su destino encontró un lugar incierto e impensado.

Ahora permanecerá en su imaginario hasta que una palabra cualquiera burle los límites infinitos de su cerebro y logre despertarlo de aquel letargo.

XV

RUPTURA

Sentado frente al piano, absorto, paralizado, casi una estatua. En su mente escucha las notas de una canción. Ahora, ya no puede tocar, no en este momento.

Siente un vacío, un dolor que lo recorre entero. Mira por la ventana: lluvia y nubes grises por doquier. Desolación en el ambiente, reflejo de su alma resquebrajada.

Permanece pensativo recordando, ficcionando historias, con la mirada perdida en un punto vago de la habitación.

De pronto, empieza a cantar la melodía que durante horas da vueltas en su cabeza; parece un autómatas, sin corazón, sin sentimientos.

A sus espaldas, en la habitación, una mujer está realizando una tarea con rapidez y minuciosidad.

Él continúa impávido, cantando al aire. Sus manos se posan en las teclas y produce llorosos acordes.

Ella regresa a ver al hombre, resignada a escuchar mientras termina de hacer su labor.

La escena final es más triste aún. La chica pasa con una maleta en la mano y con un bebé en el otro brazo.

Él no se inmuta, sigue su canción hasta que los dos personajes llegan a la puerta de salida de la casa.

Un cruce de miradas basta para terminar la historia.

La joven y el bebé desaparecen al cerrar y él sigue sentado frente al piano, absorto, paralizado, casi una estatua.

XVI

MEMORIAS

Sueña. Grandes edificios y largas avenidas lo rodean. Ella camina pegada a su brazo con la sonrisa de siempre, con sus labios carmín, con su cabello negro y ondulado. Todo es juego y felicidad. Siempre juntos en los conciertos, viajes, ensayos, fiestas, comidas, juntos siempre. Despierta. La madrugada en el campo se expresa armónicamente. Su choza es pequeña pero abrigada.

Hoy es día de feria en el pueblo y él debe bajar a comercializar sus productos. Se viste, se arregla, recoge la carga y sale de su hogar. El camino es largo; sin embargo, se la pasa cantando, silbando, tarareando melodías de tiempos pasados, con una afinación perfecta. Recuerda sus días de escenarios, de músico, de gran cantante. Al llegar al pueblo, descansa en la misma tienda se siempre, compra el mismo refresco y se sienta en la misma silla. La gente deambula con el ritmo típico de los pueblos en feria: un vaivén desordenado de cuerpos en movimiento,

cada uno de ellos ensimismados en sus ocupaciones. Terminado el descanso, inicia la ruta de entrega de sus productos: especias, hierbas medicinales y una que otra fruta. Algunas muchachas sonríen y le muestran simpatía, sin embargo, él, con la amabilidad de siempre, deja sus productos y se marcha sin más, seducido por su comfortable soledad.

Tras haber finalizado su trabajo, compra unas flores y toma un bus rumbo a la ciudad, como todos los días de feria. Reclinándose en la ventana, mira el camino. En la somnolencia que provocan los viajes, evoca partes de su historia, la de siempre, la de todas las noches: ella, soltándole la mano, cayendo al vacío, desapareciendo entre la niebla. Abre los ojos, sobresaltado, se sacude del sueño que frecuentemente termina en desasosiego. Llega al monstruo de cemento, smoke y autos. Camina nuevamente con una ruta definida: el cementerio. Se acerca a una tumba y deposita las flores que compró en el pueblo. Sueños, recuerdos, historias, pesadillas y realidad se vuelven una sola cosa. Él, simplemente se arrodilla frente a la tumba en silencio, como cada atardecer de día de feria.

XVII

❖ DESCONFIANZA ❖

Se para frente al espejo para iniciar la inevitable travesía de cada día. Mira su cuerpo con resignación, como se mira a un enfermo terminal.

Permanece varios minutos observando los rasgos y las cicatrices que el tiempo va marcando en las personas. Sin previo aviso, inusitadamente inicia el performance: se prueba vestidos, pantalones, blusas, accesorios, pero nada le convence. Siente que necesita ropa nueva, sin embargo, no le queda tiempo ni dinero para adquirirla.

Casi al azar, elige el vestuario de hoy y sale al mundo, ese que siempre la criticará por las cosas que hace y la anulará por las que no.

Se funde entre la muchedumbre, vuelve a ser un número más. Por fin su ropa y figura pasan desapercibidas y ella vuelve a confiar otra vez.

ÍNDICE

I	El ahogado.....	5
II	El ángel de la muerte.....	8
III	Nostalgias.....	9
IV	Eltraidor.....	12
V	Destrampe.....	15
VI	Mínimo.....	18
VII	Ojos de capulí.....	19
VIII	Pensamientos.....	21
IX	Tamia.....	24
X	La tormenta.....	25
XI	El carpintero.....	28
XII	Un pasillo.....	30
XIII	Pasajero natal.....	35
XIV	Autismia.....	36
XV	Ruptura.....	40
XVI	Memorias.....	42
XVII	Desconfianza.....	44



Ángel Velásquez Cajas.
Nacido en Saquisilí, provincia de Cotopaxi, Ecuador. Desde temprana edad se dedicó a la escritura creativa y académica. Posee estudios en varios campos de las artes, humanidades y ciencias sociales.

"Quimeras de la luna fue su primer libro publicado en 2003. En el 2017 publica "Epítome", blog digital que recoge sus escritos de poesía narrativa y cultura. "Ojos de capulí y otros cuentos es un libro de micro relatos que indaga la naturaleza del ser humano en distintas situaciones, estados de ánimo y edades.